



A mal tiempo... buenas piernas..

15 Cents.

y **Pellizcos**

Una apuesta

¡Pasaste el domingo último, entre diez y doce de la noche, por la Carrera de San Jerónimo? ¿No? ¡Pues lo siento, francamente, por ti, lector discreto! De haber pasado, hubieras conocido el último humorismo ó genialidad (dale el nombre que gustes) de Elisa Romero.

Elisa Romero es una malagueña adorable: joven, buena, discreta, parladora... y, á su modo, filósofa.

«...Filósofa sutil y positiva que no pasó, cual yo, velada alguna en cuestiones ociosas, buscando la razón de muchas cosas que no tienen jamás razón ninguna...»

Como escribió Campoamor.

Yo, á despecho de mis años, de mis *letras* y de mis tretas, vivo la mayor parte del tiempo lejos del mundo, refugiado en el celaje más alto, con el márgen perdido en la serena región de las Batuecas. Elisa, en cambio, tiene un gran sentido práctico de los individuos y de las cosas, y no hay detalle nimio que no la sirva de punto ó ariague seguro para tanteos y generalizaciones algo pesimistas, tal vez...

La noche á que me refiero, estábamos ella y yo con varios amigos en un piso principal de la Carrera. Hablábamos de literatura.

Yo confesé que me había dormido muchas veces leyendo *La Divina Comedia* y el *Orlando furioso*; ella dijo que se aburría leyendo *La Eneida*.

Y añadió:

—Le advierto á usted que hay muy pocos hombres que, presumiendo de ilustrados, declaren lo que usted acaba de decir.

—Muy pocos—repuse,—acaso ninguno.

Y recordé las aventuras de aquel individuo que se batió catorce veces por sostener que Dante fué mejor poeta que Ariosto, y luego, en la hora de su muerte, confesó no haber leído á ninguno de ellos.

—La preocupación—añadió ella—lo puede todo.

—¿Todo?... ¡No!... ¡Si mucho!...

—¡Todo, todo!—repitió,—el gran tirano de nuestra conciencia, es el miedo al qué dirán. Por temor á que se rían de nosotros, vestimos y comemos y pensamos como los demás. La mayor parte de los *dilettanti* que no van al Teatro Real porque *ya no hay tenores*, no oyeron cantar nunca á Gayarre; hay muchos que lloran la muerte de Rafael Calvo, á quien sólo conocen por retrato. Recuerde usted la muerte del *Espartero*, y no habrá madrileño que no diga: «Aquella tarde mi mala suerte me llevó á la plaza... Y es que nadie quiere ser menos que el prójimo, ni ignorar lo que otros vieron, ni encontrar arena y conchas sin valor donde otros, más avisados, hallaron perlas...»

En apoyo de su teoría, recordó el delicioso cuento que Andersen tituló *El traje misterioso*.

—Hay individuos—añadió—que, como el rey del célebre escritor danés, por disimular la poquedad



de sus alcances, serían capaces de andar en cueros.

Yo reía, y los circunstancias, juzgando exageradas tales afirmaciones, reían conmigo.

Entonces Elisa Romero agregó:

—¡Vaya por lo dicho! ¿Se apuestan ustedes una buena cena para todos los aquí reunidos, á que si salgo á la calle y ofrezco á cinco pesetas billetes de cinco duros, no logro vender ni uno?

—¡Qué locura!

—¿Os lo apostáis?

—Va apostado.

—Ustedes son testigos.

En un santiamén quedó disfrazada con una falda de percal y un mantón que trajeron no sé de dónde, y seguidamente bajó á la calle con un puñado de billetes en la mano.

Nosotros presenciamos desde el balcón la nunca vista escena.

Elisa, con una despreocupación de que no la hubiésemos creído capaz, pregonaba:

—¿Quién da veinte reales por cinco duros?

Los transeúntes pasaban de largo; algunos, muy pocos, los más desocupados, se detenían un momento examinando los billetes.

—¡Diablo!—exclamaban todos ellos;—¡si parecen buenos!...

—Y lo son—respondía Elisa;—es que el amo de esta fortuna se ha vuelto loco...

—¿Y la vendedora?

—La vendedora, aunque la comprenden, no se vende.

—¿Es posible—pensaba yo—que la preocupación pueda tanto sobre esos centenares de personas, entre las cuales habrá más de veinte y más de treinta que se jacten de conocer la calidad del dinero á simple vista?

Media hora después, volvió Elisa.

—¿Se convencen ustedes?—exclamó.

Y mostraba su puñado de billetes. No había vendido... ¡ni uno!...

Perdí la apuesta y aunque procuré echarlo todo á broma, nadie quiso perdonarme lo jugado.

La fiesta no costará menos de doscientas pesetas.

Odio á la humanidad.

¡Pesetas de mi alma!...





YER todo era alegría y desenfreno; el Carnaval conducía al hombre por la senda del pecado y, quién más y quién menos, todos se entregaban al bisteck con mucha pimienta y á los riñones al ron. La juventud atolondrada y p rfida seduc a á la inocente tórtola llen ndole el estómago de alimentos picantes, á fin de rendirla y *es-carnecella*.

Hoy todo ha cambiado. La Cuaresma con sus vigalias y sus ple-garias aleja á la juventud del lomo frito y le dice con voz lúgubre:

—He aquí los únicos comestibles que debes devorar de hoy en adelante.  Te gusta el bacalao?  No? Pues c melo y sufre.

El hombre sometido al abadejo, á las f culas, á la deleznable legumbre, nota que sus fuerzas disminuyen y sus bríos decaen, sin que los encantos de la hembra despierten la dormida energía.

— Qu  tienes, Nemesio?—pregunta á su enamorado gal n la amante apasionada. — Es-t s triste?  Suspiras?

—No suspiro; es que eructo.

— Por qué?

—No s  si atribuirlo á los efluvios de la primavera   á las judías estofadas

Los que son sinceramente piadosos bendicen al clero que ha instituido la Cuaresma des-pués de anatematizar al infame Carnaval, productor de todas las concupiscencias y de todas las grasas.

— Qu  hermoso es el aceite!—exclama doña Emeteria, viuda retirada de la circulación por la emperrada ley de los años. — Cu n dulce es la Cuaresma!

Y se lanza sobre las alcachofas, representación genuina de la flatulencia seráfica.

Muchas señoras elegantes, suspenden sus recepciones para asistir á los templos y con-sagrarse al Señor. Creen—y no van descaminadas—que el Todopoderoso observa desde el cielo la conducta de esas señoras y les sigue los pasos en la tierra.

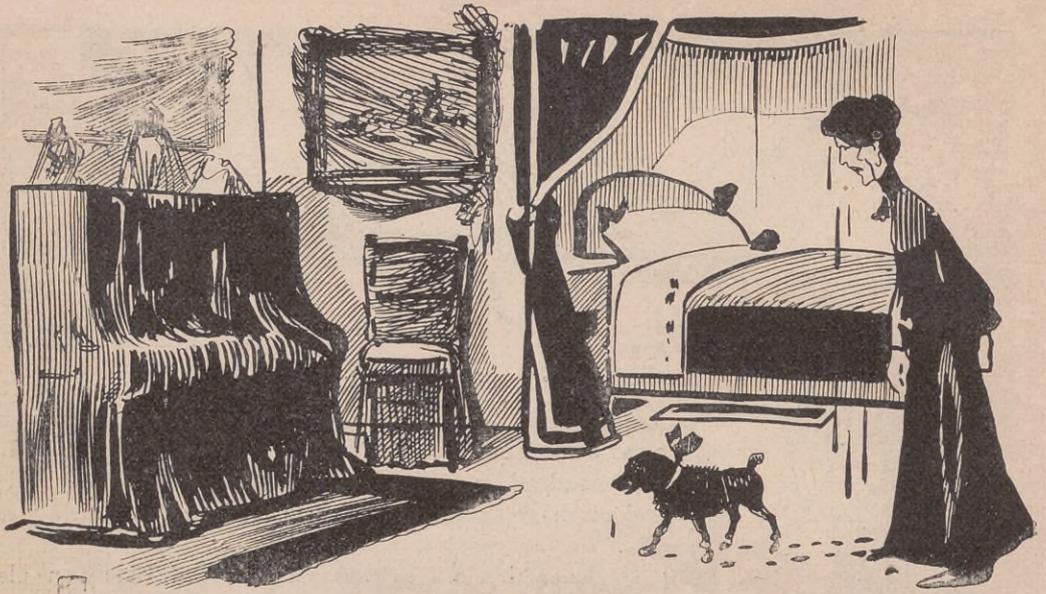
—Pedro—pregunta todas las mañanas á su discípulo:—Fíjate en la vida que hacen, durante la Cuaresma, la marquesa del Felpudo, la duquesa del Regaliz y la baronesa del Queso Blando.

San Pedro se dedica desde aquel instante á vigilar á las aristócratas y va poniéndoles rayas en el Haber de su cuenta corriente, hasta abrirles las puertas del cielo el día de mañana.

— Pero cree usted que el Hacedor Supremo, todo bondad, todo misericordia, todo to-lerancia, va á fijarse en si abre usted sus salones durante la Cuaresma?—pregunt bale yo ayer á la condesa de la Coliflor.

—El lo ve todo—me contest .—Desde el miércoles de Ceniza doy orden para que en-funden el piano, y en mi casa no se vuelve á tocar nada hasta el sábado de Resurrección.

Esta señora se pasa la Cuaresma lejos del mundo y sus pompas, vestida de negro, hace



que sustituyan la colcha azul de su cama por otra de crespón, con lazos fúnebres, y suprimen en el hogar todos los colorines. Ella, aficionada á los rabanillos, los suprime en absoluto y manda que le sirvan diariamente calamares en tinta.

¿Qué más? En su deseo de imprimir á cuanto le rodea un carácter de severidad, en armonía con la situación, ha mandado que tiñan de negro á su perra de lanas y á la institutriz de su niña.

*
*
*

No sufren solamente estas almas piadosas los efectos de la Cuaresma. Hay otros seres que andan por ahí con los ojos tristes y los pelos lacios. De diez de la mañana á siete de la tarde se sitúan en la calle de Sevilla y, arrimados á la acera, contemplan á los transeuntes con mirada envidiosa, como diciendo:

—¡Qué felices son los que no viven del teatro!

¿Sabéis á quienes me refiero? ¡Ay! A los cómicos. La Cuaresma viene á licenciar gran número de compañías ora dramáticas, ora de las otras, y á Madrid regresan, mustios y ojerosos, galanes de todas las cataduras, tiples ligeras, barbas terribles y características geniales.

Pero, aun en medio de la contrariedad que les ocasiona la falta de contrata, todos recuerdan sus glorias escénicas y se jalean á sí mismos exclamando:

—¡Oh! ¡Qué temporada la mía en Chiloeches! ¿Y mi señora? ¡Cómo ha hecho la Inés del *Tenorio*! Se la comía el público todas las noches.

—Pues á mí me echaron dos coronas en Villamulos. Una de rosas naturales y otra de rosas de té.

—¿De té?—añade un actor cómico de esos que hacen reír á las piedras.—A mí me la echaron de jamón en dulce.

Todos los circunstantes celebran el chiste, pero la procesión anda por dentro...

¡Oh, la Cuaresma!

Ilustraciones de Karikato

LUIS TABOADA





Las últimas notas

El alegre tintineo de los cascabeles de Pierrot vibra aún en los cerebros cansados por la tensión de tres días de espléndida saturnal, de alegría incesante, de embriaguez llevada á la locura, y por la convulsión titánica de una carcajada de setenta y dos horas.

Se habla contra el Carnaval, se predica contra el Carnaval, y los que hablan, predicán ó escriben esas diatribas cursi-jeremíacas, mandadas recoger hace tiempo, son, precisamente, los que hoy echarán de menos, antes que los demás caracteres despreocupados que admiten *à priori* todo lo que es alegría, la saturnal, la embriaguez y la carcajada que mueren con el último tintineo de los cascabeles de Pierrot. Naturalezas enfermas ó caracteres hipócritas, se quejan de la luz cuando están en pleno sol, para secarse después al influjo de infame nostalgia en la orfandad de la sombra.

el amor y la alegría, y hemos reído á placer, gozado hasta el delirio y amado hasta el frenesí.

Si el rumor de los besos creadores cambiados en estos tres días, pudiera llegar hasta nosotros, dominaría en nuestros cerebros las últimas vibraciones que aún se perciben del alegre tintineo de los cascabeles de Pierrot, con las notas avasalladoras del himno triunfal de la carne, de ese himno salvajemente espléndido y grandioso, en cuyo ritmo entran las armonías más hermosas de la Creación.

Sed más ingénuos, farisantes, y con'esad que la especie humana llora de masiado durante trescientos sesenta y dos días, para tener el derecho de reir á todo pulmón los tres restantes.

Este año, como los demás, el baile, ese gran lugar-teniente de Venus, ha cumplido su misión, y en ellos hareinado el lujo,



Sacerdotisa de Baco.

Hace días que en París un médico de gran fama, fué llamado con urgencia y gran premura á la casa que habita con su marido una vieja americana, riquísima hasta el absurdo y que aún más que rica es rara. El caso es que cayó enferma gravemente la paisana de Washington, y que nadie con la dolencia acertaba, hasta que, el doctor llegado, se le consultó con ansia,

temiendo alguna catástrofe de la enfermedad extraña. El galeno á la paciente pulsa con austera calma, le pide después la lengua que, humildemente, ella saca, y, por último, receta con sonrisa un tanto ufana, el amoniaco y sueño, medicinas indicadas cuando se tienen con Baco sesiones un poco largas; pues la dolencia espantable de la rica americana

fué, simplemente, una turca que al mismo Dios tuteaba. Como detalle curioso, tan sólo decir nos falta que el médico recibió á la siguiente mañana dos billetes de mil francos y una lacónica carta, en la que su *alegre cliente*, con interés suplicaba que le ocultase al marido ei dios á quien idolatra, por ser un tanto plebeya actualmente la fe báquica.

El collar de la reina.

Recientemente, un israelita inmensamente millonario y avecindado en París, atropelló con su automóvil á un pobre diablo, rompiéndole no sé cuantas partes esenciales de su individuo, y dejándole inutilizado para ganarse la triste vida, amén que para otras funciones menos tristes.

El atropellado reclamó, como es lógico, una indemnización del opulento hebreo y, como es lógico también, el descendiente de Abraham se llamó andana.

Se ha comenzado á instruir el oportuno sumario; las exortaciones y avisos llueven sobre el Creso y éste... bueno, gracias, y sin preocuparse lo más mínimo de soltar unos pesos para librar de la miseria á su víctima.

Hasta aquí el hecho no tiene nada de particular y no merece ser mencionado; pero lo extraño es que el millonario en cuestión no tiene nada de miserable, y allá va la prueba.

Henri, nombre por el que el israelita es conocido en el gran mundo parisién, acaba de regalar un espléndido collar de perlas, valorado en cien mil francos, á una encantadora artista del teatro de las *Capuchinas* que se ha hecho notar en el mundo galante por la siguiente divisa:

Cavell ne cadas.

Pero es lo que dirá Henri:

—Medrados estaríamos si fuésemos á pagar al mismo precio el placer que disfrutamos que las desgracias que producimos.

Bandidaje high-life.

Los periódicos italianos, ó una gran parte de aquella prensa por lo menos, vienen haciéndose eco hace algunos días de un rumor tan extraño y novelesco como sabroso é interesante.

El protagonista del rumor en cuestión es un joven perteneciente á la más alta aristocracia italiana, y conocidísimo de igual modo en las altas regiones de la Ville-Lumier, donde ha sido héroe de numerosas aventuras galantes.

Parece que el referido joven se dedica, desde hace tiempo, á forzar de la manera que puede á cuantas grandes damas se permiten negarle sus favores.

Dichos periódicos añaden, después de los comentarios de rigor, que, como se comprenderá, no son de lo más inofensivos, que el problemático don Juan ha amplificado últimamente el círculo de sus heroicidades despojando de trescientos mil francos, en unión de un amigo suyo y con todas las de la ley, como un Fra Diávolo, pero un Fra Diávolo moderno, al hijo de un embajador europeo en aquella potencia.

Acaso sea esto la consecuencia inme liata de la mezcla de clases.

Perplegidad.

Un problema curiosísimo no fácil de resolver, ocupa hace algunos días con su árida pesadez la cabecita de pájaro de *l'exquise «Petit-camée»* ó Susanne de Vrigny por otro nombre, que es una deliciosa artista, ignoro de qué *concert*, siendo entre los *camafeos* y aun joyas de más valer, según pregona la fama, de lo mejor que se ve. Pues bien: el duro problema que al principio mencioné,

se reduce á que, en un día, recibidas á la vez, tuvo dos proposiciones, á cual de más *interés*, ambas á dos perentorias y convenientes á fe.

Un director muy nombrado de music-hall, quiere ver cómo brilla en su teatro la bella *Petit camée*, y la ofrece una contrata muy capaz de convencer y de ablandar á una piedra, aunque Susanne lo es. De otra parte, un millonario noventa veces ó cien,

le ofrece un puente de oro, si quiere seguirle fiel y por el puente ir á Italia, dejar el suelo francés, y cambiar por sus millones los aplausos á granel. La *Petit-camée* vacila, pues para vacilar es, é ignoramos hasta ahora y lo ignora ella también, si al final de tantas dudas se decidirá por ser peregrina en puente de oro, ó estrella en Folies-Bergéres.

LOVELACE





Estrellas... con rabo

ANNITA YOLANDA

El nido de esta apocalíptica Yolanda tiene un pájaro que es, según malas lenguas, el imán que arrastra á los *innamoratos* á los pies de la traviesa veneciana.

Yo, que á más de *lucero del alba*, soy un hombre que tengo mi alma en mi armario, no quise ser menos que los demás, y me lancé á ese cielo nebuloso que se llama *La Gran Peña* á descubrir los insondables secretos de la estrella Annita, y á convencerme al propio tiempo, si esta constelación de carne tentadora guarda en su camerino el supradicho pájaro de la leyenda.

Yolanda estaba sola. Hice que le pasaran una tarjetita adorable, que yo uso siempre en estos momentos casi solemnes, y ella, suelto el cabello, desnudos los pechos algo más que alabastrinos, y cubierto el resto de su cuerpo con un traje de Eva moderna que le sentaba admirablemente, me recibió con una sonrisa dislocadora.

—*¡Mio caro!*—dijo, alargándome la mano.

—*¡Cara mia...* de mi alma!—le dije yo, apretándosela. Y saqué el lápiz.

- Vengo á confesarla. Al público le interesan sus interioridades.
- ¡Mis interioridades...!* Tienen poco de interesante... Nací en Venecia.
- ¿En alguna góndola?*
- Debuté en Torino como *canzonista* y luego quise volar y me hice *trasformista*.
- ¿Es usted muy lista!*
- Los empresarios se disputaban *la mía contrata*.
- Y los príncipes italianos ¿no se la disputaban á usted?
- Io non capito de principes, per que io sono immacolata..*
- De modo que..
- Niente, mio caro, niente.* Barcelona me encanta y me encantan los españoles.
- Y á mi las venecianas. Desde que sé lo de *immacolata*, estoy que *hirvo*.
- Cuando regrese á Italia pienso llevarme un vasto repertorio de canciones y cantos españoles. Me gustan mucho.
- ¿Los españoles?* Si entra en sus propósitos *largarse* con alguno, piense en un servidor.
- Io sono molto disgraciata*—me dijo, lanzando un suspiro muy prolongado.—*Io* tengo una leyenda.
- ¿La del pájaro?*
- No. Los hombres me buscan, me buscan... y cuando están á punto de encontrarme, se marchan. Hay quien dice que yo robo millones y que por eso llevo tantos brillantes. Y hay muchos que creen que si yo me entregara á algún hombre, éste moriría asesinado á manos de un italiano, que no existe... *¿Capito?*
- Sí, señora; ahora *capito* lo de *immacolata*. Cuénteme usted una aventura.
- ¿Una aventura...?* ¡Ah, sí! En Venecia, en una góndola. Noche *molto* obscurísima... *di verano*. *Il gondolero molto bel-lo é molto atrevito; io molto bel-la é molto cálida...* La góndola *streta... streta; y lontano*, Venecia dormida. *Il gondolero, desperto, molto desperto; io... come Venecia*. Al *arribare* al Puente de los Suspiros, *io despertare súbito, suspirando grosso...*
- Il gondolero cantaba: La donna é mobile. .*
- Entonces, lo de *immacolata*...
- Sei* una leyenda, *mio caro*.
- Salí. La noche estaba... ¡como en Venecia! obscurísima... pero sin góndolas.

Guiso de cuaresma



—Ya le dije á usted que no metiera el dedo, porque luego le olería á bacalao...

DIBUJO DE ROJAS



La Penitencia

I

Están los dos frente á frente:
el galán, joven y ardiente;
la dama, tan majestuosa,
que en Grecia fuera una diosa
y una sultana en Oriente.

II

Tiene en sus mejillas flores
que al arrebol dan agravios
al sol causan sinsabores,
y son perfumes de flores
los perfumes de sus labios.

III

Su talle esbelto cimbreo
como una palmera hebrea
al viento de la mañana,
y en sus ojos centellea
la pasión de una africana.

IV

Vuela en el salón Cupido;
él suplica enternecido
con voz que vela el deseo,
y ella se aduerme al sonido
de aquel galante firteo.





V

Fundiéndose en una van
sus almas, al dulce imán
del amor que las inflama.
¡Y es todo fuego el galán,
y todo fuego la dama!

VI

Por fin, Amor ha triunfado;
de la cárcel se ha escapado,
en donde vivía preso,
y al escaparse ha tomado
la dulce forma de un beso;

VII

Y ella, arrogante y altiva,
le finge con gracia esquivas
agravios á su inocencia,
é impone esta penitencia
al galán á quien cautiva:

VIII

«Te impongo como tormento,
en pago á tu atrevimiento
y á tus grandes arrebatos,
que me quites al momento...
¡el polvo de los zapatos!»

J. PASTOR RUBIRA





Los melocotones

(CUENTO BATURRO)

Salen el tren mixto de Calatayud y emprende el camino de Zaragoza con lento caminar de bestia de carga. Chirrían antipáticamente los ejes sin escrupulosidad engrasados, vomita humo negro la chimenea de la máquina, escúchanse en los vagones de mercancías cacareos de gallinas, balidos de corderos, relinchos de caballos; los coches de primera van llenos de aire y polvo, los de segunda y tercera de gente alegre y decidora. El cierzo del Moncayo golpea con sus alas de nieve ventanillas y portezuelas, y el campo aragonés se extiende como una inmensa alfombra verde á uno y otro lado de los rails. Uno de los coches de tercera va ocupado en su mayor parte por labradores; pues excepción hecha de un cura y un sujeto que por las trazas debe ser médico ó boticario de algún pueblo próximo, los viajeros restantes visten el clásico calzón, la morada faja, la oscura chaquetilla y el embotonado chaleco, y calzan sus pies con las alpargatas de cinta y cubren la cabeza con el pañuelo de colores. Sólo un asiento queda libre, vamos, libre de persona ocupante, porque lo usufructúa un cesto de melocotones sobre el cual apoya uno de sus brazos el más perfecto tipo de baturro que parió la tierra. Alto, huesoso, con la nariz corva, saliente la barba y los ojos vivos y tenaces, viajaba mi hombre con el cuerpo recostado en el respaldo de madera, una pierna cruzada sobre la otra y un cigarro de papel, grueso como un puro, entre los dientes negros y desiguales; frente á él va otro labriego de cara gruesa, abultado estómago y linfático aspecto, que dormita al arrullo del eje, cacareos, balidos, relinchos y conversaciones dando cabezadas mayúsculas.

En la estación inmediata á Calatayud se abre la portezuela del coche y entra un individuo de porte entre señorial y campesino.

—Buenos días—dice el recién llegado.

—Buenos días—le contestan los viajeros del vagón.

Dirige sus ojos el entrante á uno y otro sitio en busca de asiento, y al ver que no hay ninguno disponible más que el ocupado por la cesta de melocotones, exclama, encarándose con el baturro:

—¿Qué quitar ese *cestico pa* que yo me siento?

—¿Quién, yo?—responde el baturro—No señor.

—¿Cómo que no!...—Tengo derecho á un asiento; no hay más que ese... Con que quite los melocotones.

—*Li hi* dicho á usted que yo no los quito.

Y el baturro sigue tranquilamente apoyado en el cesto, mientras el viajero nuevo se da á todos los diablos y el labrador que dormitaba abre los ojos y contempla la escena en actitud indiferente.

Sube de tono la disputa cuando se abre la portezuela y entra el revisor.

—Revisor—exclama el viajero,—haga el obsequio



e convencer á este hombre; le digo que quite ese esto *pa* sentarme yo, y responde que no lo quita.

—Y no lo quito—contesta otra vez el baturro.

—Pero hombre—no sea usted bestia—dice el revisor.—El señor ha comprado este billete (enseñando el que recoge de manos del viajero); este billete le da derecho á un asiento. Conque, quite usted el cesto para que se siente este caballero.

—¡Yo!—¡Lo menos se cree *éste* que con sus *andróminas* y con sus galones va á *asustame*. *Hí* dicho que no lo quito y no lo quito manque escarrile el tren.

—No hace falta que descarrile; ya habrá quien le haga obedecer—grita colérico el empleado á tiempo que la máquina se detiene frente á una estación.

—¡A mí... ¡Tendría que ver eso!...

Requerido por el interventor acude el jefe de estación. Son inútiles ruegos, amenazas, exhortaciones... El baturro sigue en sus trece y es preciso llamar á la guardia civil.—Ahora veremos—añade el jefe de estación—si quita usted la cesta.

—¡Yo!—replica el aragonés.—¡Yo!... ¡Como no venga á *quitale* el Nuncio!

Entra la pareja en el coche; se le explica el caso y los guardias, encarándose con el labriego y empleando el dulce lenguaje propio á la institución, le gritan:—¡Quita el cesto inmediatamente, borrico!

—¡Bah!—insiste el otro.—¡*Quitale*? Lo que menos *us* habéis *afegurao* vosotros que van á *meteme* miedo las escopetas y los tricorneos *qui traís*! He dicho que yo no quito el cesto, ¡*ridiós!*... Y no lo quito.

—Pero ¿por qué no has de quitarlo?—gruñe uno de los guardias, levantando la culata de su escopeta sobre la cabeza del baturro.—¿Por qué?

—¡Y por qué voy á *quitale*—dice el baturro,—si el cesto no es mío sino de ese *siñor* que va enfrente!

Y señala al linfático labriego que había seguido toda la disputa sin hablar palabra.

—Pero, ¿el cesto es de usted?

—¡Claro!—afirma el otro.

—¿Y por qué no lo ha quitado usted?...

—¡Yo!... ¡Otra!... ¡Como á mí no me han dicho nada!...

TRAS DE LA TEMPESTAD...



NUBARRONES



SALE EL SOL



CELAJES

Pequeñomanía

Decididamente hay que declararse partidario del Carnaval, sino nos hemos de poner enfrente de la franqueza y al lado de la hipocresía.

El Carnaval es un buen chico que sirve al observador en clase de Asmodeo, levantando, no los techos de los hogares, pero sí algo que vale mucho más: el velo de la conciencia que, parapetada tras de la mascarilla, se atreve a mostrarse en público tal como es, á confesar todos sus pecadillos, á hacer alarde de sus más ruines ambiciones, de sus más pequeños instintos.

Sin el exceso de cinismo que se desborda de la bacanal carnavalesca, podría encontrarse en ella el atractivo que ofrece todo lo que es sincero. Pero es preciso que haya demasiada brutalidad en el fondo de la naturaleza del hombre, porque todas sus franquezas son repugnantes. Y esto es lo que sucede con el Carnaval. Paréntesis de setenta y dos horas abierto en la mentira eterna de todo el año, la verdad que entraña es bestial y horrible, pero horrible con el peor de los horrores, con el horror del ridículo, ¡del ridículo de un dios hecho de arcilla...!

Hace ya algunos años, se viene observando que abundan de un modo desesperante los disfraces de mujer entre los hombres, los de éstos entre aquellas y los de bebé en ambos sexos; y es

lógico que así suceda; de otro modo, el Carnaval se haría traición á sí mismo.

Esos hombres, gastados por vicios infames, atrofiados por abusos que los convierten en eunucos, hacen bien en lanzarse á la calle vestidos de hembras, robando á éstas sus harapos, que es lo único que han tenido á bien dejarlas en el resto del año para su exclusivo uso. Y muchas de esas mujeres, cloróticas, sin sangre por la miseria, sin delicadeza por el grosero fin de sus aspiraciones y sin pudor por el continuo alarde de sus apetitos sucios, cumplen como deben usando el ropaje masculino, que al ceñir sus curvas lujuriosas, desgastadas por el hambre y el vicio, rozando sus carnes flácidas por el contacto, no podrán enrojecerlas con otros matices que los que se deben á las borracheras lúbricas, porque el rojo del pudor, más hermoso que el de la sangre, es incompatible con su manoseada epidermis.

Y hombres y mujeres hacen bien en disfrazarse de chicos.

¡Qué lástima que profanen las ropas de la inocencia con sus cuerpos manchados por todas las impurezas...!

Por lo demás, chicos son, tan chicos, que no hay un sólo hombre (quiero ser respetuoso con las mujeres) que tenga la talla moral.

¡Pobre generación la de esta raza de enanos!...

G. KNUT



COMIENZA EL DESHIELO



EN PLENA LUZ



LA APOTEOSIS



Confidencias de un "rata"

Tomaba un juez de instrucción la declaración primera a un consumado ladrón, y ahí va la declaración de aquel *insigne gatera*:

Juez.—«Asombra y maravilla la audacia y desenvoltura de usted y de su cuadrilla; no hay ya cartera segura en la coronada villa.

¿Y averiguar no podré la razón, la causa, el cómo y el motivo y el por qué se roba hoy con tanto aplomo?»

El RATA.—«Yo lo diré.

En mi oficio, lo esencial es tener buena *pupila*, mano ejercitada... y tal, algo de trato social y una conciencia tranquila.

Para llegar á meter en un bolsillo la mano, conviene el estudio hacer del rostro del ciudadano con quien se las va uno á ver.

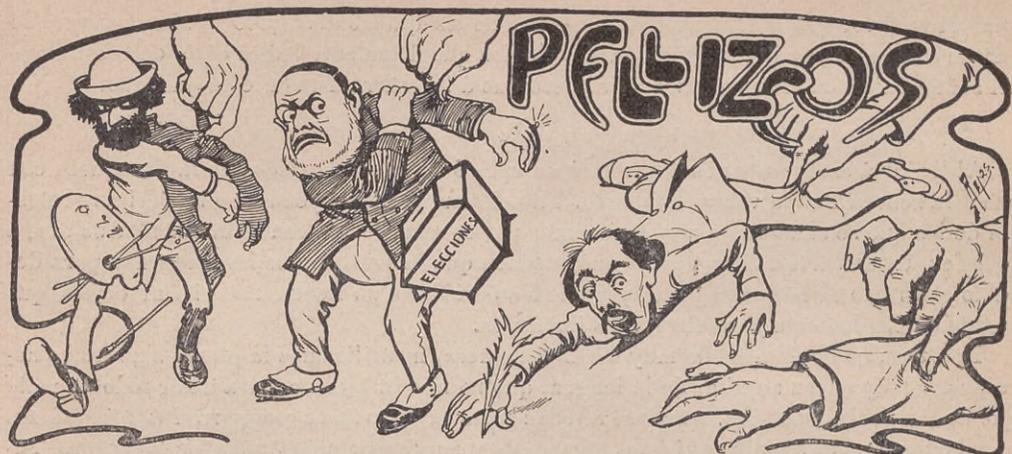
Si éste en su fisonomía la imbecilidad retrata, sin pedir más garantía despluma al *panoli* el *rata*, tranquilamente en la vía...»

Con gran furia y altivez, malhumorado y de pronto, replicale al *rata* el juez: —«No prosiga usted ¡pardiez!

¿Tengo yo cara de tonto?» ¡Sin quererlo el *tomador*, en lo vivo al juez hiriera, pues á este pobre señor en la semana anterior le robaron la cartera!

MARCOS ZAPATA





Ocurriósele á un zapatero escribir — que hay zapateros que escriben bien, así como hay muchos escritores que debieran hacer zapatos. — ¿Y qué dirán ustedes que fué lo primero que pensó é hizo nuestro maestro de obra prima? No, no cavilen ustedes, que por más que pongan en tortura la mollera no podrán averiguarlo. Ocurriósele — ¡brava ocurrencia! — redactar la lista, más que mediana, de los hijos con que Dios y su esposa le habían llenado y empobrecido el hogar. Y empezaba así la lista: *Primer hijo. No fué hijo, sino hija.*

Referimos el caso, más por oportuno que por chistoso, pues á imitación del zapatero del cuento, podríamos nosotros dar comienzo á esta sección escribiendo: *Primer pellizco. No es pellizco, sino cosquilla.* Sí, cosquilla y de las más agradables y más regocijadoras. Héla aquí: Lacassin ha aceptado nuestros ofrecimientos, se ha rendido á nuestras súplicas y se ha comprometido formalmente á dibujar todas las portadas de COSQUILLAS Y PELLIZCOS. He aquí una noticia sensacional dada con una sencillez incomprensible, y mucho más aún en un periódico del siglo xx. Periódicos andan por esos mundos que para anunciar á sus lectores cosas de mucho menos fuste hubieran llenado dos columnas atiborradas de los consabidos y archimanoseados piropos desacreditados ya en fuerza de repetirlos. ¿Qué lograríamos nosotros, qué aprenderían nuestros lectores, y, sobre todo, qué ganaría Lacassin, con que le recreáramos los oídos llamándole genial artista, delicado dibujante, inimitable, magistral, egregio ú otra cualquiera de las cosas que por aquí llamamos á todas horas á cualquiera de los Juanillones, que haciendo trabuco del lápiz y auxiliando éste con las tijeras y el papel de calco atracan á Caran d'Ache, roban á Faivre ó despojan á Forain?

Lograríamos con esto y ¡vive Dios que sería triste cosa! que los contados que no conocen y admiren á Lacassin creyeran que el celebrado dibujante parisién era un Xaudaró cualquiera de los que aquí padecemos.

* * *

¿Estuvieron ustedes en el beneficio de la señora Tubau?

No se admiren ustedes de la pregunta. Ya sabemos — ¿qué no sabrá un periodista y sobre todo un periodista español? — que este beneficio se celebró hace más de quince días; pero á las cosas buenas les ocurre lo mismo que á las artistas notables, que no se hacen nunca viejas. Y ahí está la propia señora Tubau que no me dejará mentir. Además, ¿qué son quince días más ó menos para la eminente actriz? Es como si á Girona que tantas pesetas tiene, según dicen, le diéramos ó le quitáramos la miseria de un *perro chico*. No; esta comparación no es exacta, porque si á don Manxel le quitamos el nombrado *perro* sería muy capaz de morirse del berrinche, y en cambio la señora Tubau puede que nos agradeciera,

como gran favor que le hiciéramos, la merma de los quince días (*¡360 horas!*) aunque le privásemos con ellos de los innumerables elogios que de su arte habrá oído en ese tiempo del señor Palencia, único admirador sincero que á la señora Tubau le ha quedado.

* * *

Al llegar á este punto nos detenemos un si es ó no es arrepentidos de la franqueza con que á la señora Tubau vamos hablando. Ya nos parece estar oyendo las hipócritas protestas de los que se asustan de que se insinúe por escrito, lo que con toda claridad se dice á voces en todas partes. Hay gentes que suponen que la escritura se ha inventado para decir lo contrario de lo que se piensa, y que los periódicos no tienen más fin ni objeto que engañar á los lectores y ensalzar á los imbéciles.

Nosotros, que opinamos de muy distinta manera, no utilizamos la pluma sino como necesaria y muy eficaz auxiliar de la lengua, quo no nos da á basto para decir todo lo malo que de las gentes sabemos. Añádase á todas estas explicaciones que para los asustadizos escribimos, que al añadir aquí á los numerosos y muy respetables años de la señora Tubau, no nos guía otro móvil que el de desmentir rotundamente á los que detrás de ella andan diciendo que jamás la han visto representar cosa bien. Nosotros nos complacemos en hacer constar que hay algo que representa: la edad.

* * *

Hecha esta aclaración, volvamos á hablar del beneficio, que la señora Tubau amenizó con el estreno de una quisicosa transpirináica, que no nos resolvemos á clasificar porque tenía, ó por mejor hablar, tiene, un poquito de todos los géneros, sin otra excepción que el género verdaderamente sano y bueno.

No juzgaremos aquí la obra; primero, porque no nos sentimos con facultades de críticos, insuficiencia disculpable, no siendo nosotros redactores de periódico diario, que son los únicos escritores que han de saber de todo para escribir, si no es que escriben de todo sin saber; segundo, porque nuestro juicio llegaría con retraso y somos poco amigos de escribir inútilmente. No juzguemos, pues, pero apuntemos una observación. En los entreactos hablamos con varios periodistas, y de ellos los más nos dijeron que la obra les parecía casi tan detestable como los ya conocidos gestos, las consabidas monadas y las legendarias inflexiones de voz de la señora Tubau... Pues bien: al día siguiente todos los periódicos, absolutamente todos, dijeron con la misma seriedad con que han de decirse las verdades, que la obra era una filigrana y la labor de la señora Tubau una esmerada labor de encaje de bolillo... ¿Lo dirían por lo mucho que esta señora mueve los dedos?

Lo leíamos y no acertábamos á explicarnos el cambio, y eso que estamos hechos á los cambios de periódicos y periodistas. Algunos días después, ya más serenos, nos lo hemos explicado todo. Los chicos de la prensa quisieron obsequiar á la beneficiada —cosa muy puesta en razón, pues ya es sabido que los beneficios se dan para pescar regalos de los amigos,— y no encontraron cosa mejor ni más barata, que dar un bombo, tanto más de agradecer cuanto más injusto fuera. Tal vez nosotros hayamos sido involuntariamente culpables de uno de estos bombos y no de los más pequeños, que se resolvió, sin duda, á dar como único regalo un periodista amigo nuestro á quien por la tarde quitamos de la cabeza con muy cuerdos razonamientos que llevara á cabo la más desatinada idea que á un periodista se le podía ocurrir: regalar á la artista una luna de Venecia.

—Por Dios—le dijimos,—fijese usted en que darle un espejo á la señora Tubau es hacerle un epigrama.

—¿No es buen regalo?—nos preguntó ingenuamente.

—¡Qué regalo! ¡Eso es una crueldad!

IMP. DE LUIS CLAVERO, CORTES, 550.—BARCELONA

Dirigir la correspondencia al Administrador de «Cosquillas y Pellizcos».—Barcelona.

ALREDEDOR DEL AMOR

(ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES)

El matrimonio en distintos países

El matrimonio en Persia.—Con el fin de demostrar á su prometida cuán grande es el cariño que por ella sienten los persas, se queman diversas partes del cuerpo con hierros enrojecidos, y así el que se causa mayor número de quemaduras es el más apasionado y más firmemente dispuesto á la fidelidad.

El día señalado para la boda vistese la novia con toda elegancia y sale de la casa paternal á caballo y acompañada de sus padres y de algunas amigas íntimas. El esposo, también á caballo y seguido de su familia y amigos, le sale al encuentro, y las dos comitivas se encaminan después al domicilio del nuevo matrimonio.

El día transcurre en comidas y bailes, y cuando llega la hora de poner fin á la fiesta, novio y novia son acompañados por dos amigos de cada uno á la cámara nupcial.

Dos horas después aparece ante la concurrencia un lienzo manchado con sangre, lo que regocija á todo el mundo y le hace romper en alabanzas para la virtud de la recién casada; pero si el lienzo aparece limpio, el marido vuelve acompañando á su esposa, la repudia ante la asamblea y la devuelve á sus padres, entregándoles una cantidad insignificante de dinero.

El matrimonio en el Japón.—Sucede en el imperio del mikado, que cuando un joven ha elegido á la que ha de ser su esposa, da á conocer sus sentimientos amorosos colocando en la ventana de su amada una rama de árbol. Si al día siguiente no está en el sitio en que se puso, es señal de que la petición ha sido aceptada.

Cuando el matrimonio está decidido, los amigos y amigas de los novios fijan la fecha de su celebración.

El novio envía entonces á su prometida los regalos que su fortuna le permite hacer, y aquélla los entrega á sus padres en prueba de gratitud por los cuidados y amor que para ella tuvieron durante su infancia.

El día de la ceremonia se viste la novia de blanco y con un velo que la cubre de pies á cabeza. Este velo significa que ha muerto para su familia, y que en lo sucesivo pertenecerá á su esposo.

Una vez proclamado el matrimonio, se la coloca en un palanquín y se la pasea por toda la población.

Llegada que es al domicilio conyugal, entra la recién casada con dos amigas de su intimidad en la gran sala de recibir y espera á su marido. En medio de la estancia hay una mesa, sobre la cual se ve un pino artificial en miniatura, un ciruelo en flor y dos tortugas, emblemas del vigor del hombre, de la belleza de la mujer, y de una vida larga y feliz.

Cuando llega el marido, su esposa se sienta ante la mesa y sirve de beber, con lo cual da principio la fiesta y su larga serie de banquetes más ó menos opíparos, bien rociados de *Saki*, que es la bebida nacional.

La mujer no puede, bajo ningún pretexto, pedir que se la separe del marido; en cambio éste puede tener en su casa todas las concubinas que le acomode; pero todas ellas están supeditadas á la autoridad de la mujer legítima, y en prueba de inferioridad, se les prohíbe que se afeiten las cejas.

La esposa, por último, está considerada como un juguete precioso destinado á los placeres del marido, á quien debe distraer con su talento y hacer feliz con su docilidad.

El matrimonio en la India.—La fórmula de matrimonio acostumbrada en la India, consiste en juntar las manos de los novios y atarlos con un lienzo hecho de hierba sagrada. La parte esencial de la ceremonia está en los siete pasos que ha de dar el novio, rezando á cada paso una oración. Después del séptimo, el matrimonio es indisoluble.

La edad de los novios es casi siempre de diez años, que es cuando entran en la pubertad en aquellos climas.

El matrimonio en Turquía.—Los turcos pueden tener cuatro mujeres legítimas y todas las esclavas que sean capaces de mantener. Estas últimas quedan libres en cuanto tienen un hijo.

La mujer que va á casarse permanece cubierta con un velo durante ocho días antes de la celebración del matrimonio. La víspera de éste toma un baño, y es lavada y perfumada por varias amigas suyas, las cuales le pintan de rojo el cabello, las manos y los pies.

Es muy corriente que los turcos se casen con dos ó tres hermanas, considerando siempre á la mayor como primera esposa.



(El doctor, pensativo).—Es un fenómeno extraño... En fin, el orden de los factores no altera el producto.